

Nuevo libro de Visca

En busca del alma nacional

Pablo Rocca

POETA DE un solo libro, narrador de una novela inconclusa y un puñado de cuentos, hacia fines de los cuarenta Arturo Sergio Visca (1917) eligió la prosa ensayística de inspiración poética; al fin, se dedicó a la evaluación crítica de la obra ajena. Casi sin desvíos esa tarea tiene que ver con el estudio de la literatura uruguaya, más específicamente su narrativa: Quiroga, Viana, Reyles, Morosoli, Espinola, da Rosa y la narrativa "criollista" (como gusta llamarla). "Con prioridad —señaló Real de Azúa en 1964— respecto a libros actuales, que raramente parecen atraerlo, Visca ha preferido enfrentarse con las más significativas "obras" ya cumplidas [efectuando] un justiciero deslinde entre los mitos y los vivientes de nuestra cultura pasada". Tres décadas y varias decenas de ensayos después, el juicio se sostiene.

En ese afán de vinculación "íntima", en esa "irresistible necesidad de recibir la confianza" del texto —como escribió en su ensayo "La mirada crítica"—, Visca ha tratado de encontrar las claves del ser nacional, poniendo en funcionamiento conjunto lo que llama la "acción emotiva y el análisis racional". A él le debe la literatura uruguaya la primera selección del cuento del primer medio siglo (1962), que luego decayó en rigor y eficacia valorativa en las dos antologías siguientes: 1968 y 1976. También se le adeuda el relevamiento de un numeroso grupo de narradores y poetas marginales (José Monegal, Roberto Sienra, Pérez Coelho, Paul Minely, Magariños Solsona, entre tantos) a los que nadie había dispensado su tiempo de estudio.

Sus *múltiples* libros fueron amálgamas desde 1962 con artículos y ensayos desperdigados a lo largo de su nutrido *curriculum* de periodista literario e investigador institucional; codirector de la revista *Asir* (1950-1959); colaborador activo en la página literaria del diario católico *El Ciudadano*; responsable de la sección "Artes y Letras" de *El País* (1958-1968); prologuista incansable en la colección *Clásicos Uruguayos*; funcionario y luego director del Departamento de Investigaciones de la Biblioteca Nacional (finalmente director de la institución); presidente de la Academia Nacional de Letras.

Como Domingo Luis Bordoli y Guido Castillo, compañeros inseparables en las tres experiencias iniciales, Visca se ha sentido atraído por una especie de escrito reflexivo con fuerte atracción por la circunstancia, por un discurrir trascendente —más que un filosofar— a partir de lo nimio. Ese "método" bien puede conectarse al diálogo sin horario o a la gozosa *causerie* con los amigos, "alrededor de una mesa sobre la que había un par de ceniceros repletos de puchos clavados en húmedos montoncitos de yerba lavada y dos mates fríos recostados en termos vacíos, entre montones de manuscritos y papeles mecanografiados", como cuenta Andersen Bancho en su novela póstuma *Los regresos*.

LA PRESENCIA PERSONAL. Si el lector desbroza la selva de erratas que se instaló en Paco Espinola y otros ensayos, último libro del autor, podrá confirmar la imagen anterior, ya que ni han cambiado sus predilecciones ni se ha reajustado su instrumental crítico. La última novedad que acude tiene que ver con una auspiciosa infiltración de lo testimonial, en algunas notas al pie de los

artículos sobre Alberto Zum Felde —a quien entrevisté en 1969—, Pablo Minelli González y en los amenos recuerdos sobre Francisco Espinola. Tal como ha señalado Carina Blixen, la sensibilidad de Visca sigue siendo "afín a la literatura criollista, y más precisamente a la idea de un "deber ser" de ésta. Corre paralela con su afán de ordenar el pasado, de reivindicar una concepción de la tradición en la cual ésta tiende más a presentarse como un repertorio de formas fijas que como un vínculo vivo".

En casi todos los ejemplos estudiados — Acevedo Díaz, Reyles, Espinola, da Rosa — el crítico pretende capturar "el alma nacional" sin desmedro de "lo esencial y primordial humano". Esta visión idealista, que se orienta en algunas directivas de pensamiento aprendidas de Ortega y Gasset y Unamuno, lo conduce a no apartarse un milímetro de las propuestas que sobre la creación literaria hayan elaborado los escritores en relación con sus propios "mundos (u orbes) imaginarios", como los llama reiteradamente. De ahí que se le transfiera la perspectiva positivista de la historia que una centuria atrás asumiera Acevedo Díaz: lo histórico identificarlo con la "realidad objetiva", lo estético con la subjetividad pura. En su recorrido por la novela El terruño, de Carlos Reyles, se afirma en la convicción de que "el mundo imaginario regido por sus propias leyes (...) puede ser contemplado con total prescindencia de su relación con la realidad concreta".

Por eso, quizá, se limite a describir el repertorio ideológico de Reyles en sus ensayos y en la novela elegida, llegando a la sorprendente conclusión de que su "análisis detallado es innecesario", porque con la lectura del relato alcanza.

LOS CIRCULOS TEMATICOS. Confinado en el juicio "lúdico" y "sagaz", en la impresión brillante que extrae sobre todo de Espinola y Zum Felde —citado con veneración en una decena exacta de oportunidades—, se despreocupó de revisar algunas nociones teóricas de complejo y permanente debate. Por ejemplo, observa que el cuento "Rodríguez", de Espinola, es una "desrealización poetizadora", concepto laxo que elimina la enriquecedora discusión acerca de la naturaleza fantástica o maravillosa del relato.

Atento y minucioso lector, prefiere la paráfrasis de la historia y la "vida" de los personajes narrativos; elige el prolijo dibujo de "círculos" temáticos siempre antes que cualquier trazado formal. Esto no lo desampara de algunas intuiciones aprovechables, como la sugerencia sobre el empleo de recursos folletinescos en Ismael, aspecto que —si bien Visca lo olvidó— ya había desarrollado Emir Rodríguez Monegal en su libro Eduardo Acevedo Díaz. Dos versiones de un tema (1963).

Dos breves notas sobre los personajes Eladio Linacero (El pozo), de Onetti y Laura Medina (La sobreviviente), de Clara Silva, cierran sus reflexiones sobre el arte y la vida.

En las páginas tituladas "No sólo regionalismo", estudia al protagonista de "Hombre-flauta" (notable cuento de Julio da Rosa) y refuta la falsa oposición entre "color local" y "universalismo". En ese territorio literario que ha transitado con paciencia y saber queda su aporte perdurable, su mejor lección.

PACO ESPINOLA Y OTROS ENSAYOS de Arturo Sergio Visca. Ediciones de la Plaza, Colección Testimonios, Montevideo, 1993. 104 págs.